

En la garganta del vampiro

ROBERTO LÓPEZ MORENO

Y cuando despertó estaba ahí, en la garganta del diablo.

JOSÉ LEZAMA LIMA

Dicen que se acostó en medio de aquel frío jijo de toda su... Un frío que golpeaba las sienes con su halo entumecedor. Los postes de la calle, el cableado eléctrico, el pavimento escarchado, ¿qué podrían decir de ese frío en desmesura?, ellos, mudos siempre, tan mudos en medio del álgido absoluto, como una aseveración Christoph Rudolffiana... simplemente irrefutable; ellos... postes, cables, pavimento, silenciosos hasta el hielo semilíquido que los cubría. Dicen que logró conciliar el sueño no obstante aquel heloentorno mortífero con su alarido congeladocongelador; que logró dormir dicen, que durmió, durmió, que alcanzó a alcanzar el sueño y que cuando despertó, el día todavía estaba ahí, entrando apenas en su noche de 24 de diciembre. Dicen que se levantó aterido, en plena conciencia de la fecha que tiritadora tenía untada en el cuerpo y la conciencia: “24 de diciembre –dicen que dijo– momento excelente como para que me vaya cargando la chingada”. Dicen que él siempre manifestó un hondo rencor por esa fecha, la que depreció con vehemencia, desde el fondo de sus huesos, la que siempre consideró la fecha maldita de todo calendario, el triunfo anual del individualismo y la hipocresía. La noche en la que se juntan las familias escondiendo sus envidias mutuas y sus arteros celos por el bien del otro, sus chismes a flor de piel, sus rencores, sus frustraciones frente al triunfo ajeno, el abrazador y el abrazado con su falsa alegría ambos: ¡Feliz Noche Buena-Feliz Navidad!... la noche paradigma del egoísmo, la noche en la que el que tiene familia se reúne con la familia, sin

importarle en lo más mínimo el que no la tenga, como era su caso. Dicen que odiaba hasta las entrañas esa noche de la autocomplacencia disfrazada, en la que todos (los con familia) se deseaban parabienes y brindaban y eran felices con la familia reunida un año más. Dicen que entonces, pensando en ello, se levantó de su lecho en desorden de muchos días, se frotó las manos con insistencia, y que íntimamente mentoles la madre a los con familia, “humanitarios navideños”. Dicen que pensó que lo mismo era morir de frío ahí encerrado que a media calle de la calle. Entonces, dicen que, por establecer contrastes con los que a esa hora empezaban a brindar por la paz de los seres, encerrados entre sus egotadas paredes familiares, entre sus muros de soterrado odio al prójimo, decidió salir del desconcierto de su cuarto y dirigirse al interior de la intemperie; ¿dinero en la bolsa?, contaba con el que le permitía una vida sin compromisos (quizá otra forma de egoísmo que él no percibía). Dicen que entonces decidió asumir plenamente su condición de chilangodante nefelibata, y puso el primer pie adentro del frío de afuera, en su raíz cuadrada generando heladeces desde la casetita renacentista de Rudolff. Dicen que antes, recordó que por esos días la gente andaba con la moda de hablar de un vampiro que había sido visto en diferentes partes de la ciudad. ¡Bah!, dicen que dijo, embustes de los malos gobiernos para distraer a la gente. ¡Vampiros!, dicen que dijo con desprecio y adelantó el paso sobre la acera. Dicen que caminó en soledad, que atisbó por las ventanas de las casas a los que brindaban, a los enfermos de soberbia, a los con familia, a los bebedores por la paz y la concordia de... sus familias. Caminó por las calles, como cualquier pobrediable desfamiliado. Dicen que le volvió a pasar por la mente lo del mentado vampiro. Dicen que una vez más pensó en las chingadas madres de las buenas familias, de los con familia para presumirla precisamente en este tipo de noches. Dicen que en esto estaba

cuando de la sombra de la sombra calló sobre su cuello una misteriosa sombra, una sombra fría como su sombra, más fría aún. Tomado por sorpresa, sintió cómo su cuello dejaba de ser suyo para ser de la energía que le succionaba poderosa, una fuerza que pausadamente se tornaba tibia. Trató de luchar, pero era imposible porque su cuello y sus brazos estaban siendo atados y chupados por una elasticidad viscosa que le dejaba sin posibilidades de movimiento. Dicen que aquella potencia húmeda se fue apoderando de su cuerpo más y más. De pronto era el cuerpo todo el que cedía ante la fuerza absorbente, como un pulpo en la tierra que cada vez le inmovilizara con mayor definición los miembros superiores e inferiores. Era un acto entre lo real y lo irreal imponiendo su designio desde una textura blanda, blanda, pero sin embargo, con un poderoso poder contra el que no podía hacer absolutamente nada. Entonces, dicen que él dejó de ser él. Ya sólo era esa boca ávida, llena

de vellosidades, húmeda, imantante irrevocable, en la que en unos cuantos minutos había desaparecido... o estaba a punto de... Dicen que hizo un último intento por zafarse de aquel abrazo asfixiante, dicen; pero la fuerza de sustracción fue más fuerte que la suya. Dicen que esa noche sintió como si se ahogara en el vértice mismo de la garganta del diablo. Dicen que un alguien que lo vio todo, atestigua que desapareció introducido en la vulva de la prostituta más antigua del rumbo; que así desapareció, lenta, lentamente, hasta ser tragado total. Dicen que del vampiro ya nadie habla. Una vez (no hace mucho) desapareció para siempre. Otros aseguran, refiriéndose esta vez al odiador de las Noches Buenas, que esa noche, la Noche ensanchó su vagina de tal manera, que terminó pariéndolo para adentro. Dicen que cuando despertó...

Robertolm2007@yahoo.com.mx 🐱



Oswaldo Sagástegui

Héroe

RICARDO CARTAS

¿Un momento más triste en la historia de perla? seguro, cientos, miles, pero esa tarde, sin que les importara mucho el chipi, chipi, chingaquedito, la gente salió a despedir a su héroe. ¡cómo lloran estos!

Yolanda y Joe eran una pareja excéntrica. ¿Qué canadiense no lo es? Vegetarianos. Pacifistas. Practicantes de yoga. Ella enfermera y él bombero. Estilo, mucho estilo. ¿Objetivo del viaje? huir del invierno.

Al tercer día de vacaciones cayó la tormenta. Quince minutos. Tláloc hizo de las suyas. Perla, ciudad donde nunca pasa nada. Perla convertida en pantano. La gente para no variar: llora y llora.

El bombero nunca deja de serlo y la enfermera ¿para qué les cuento? acción inmediata, de primer mundo. Organizaron brigadas. Joe era el primero en exponer su vida. Rescataba tanto abuelitas como a niños y perritos, todo un héroe. Yolanda se sumó al equipo de los médicos. Día y noche asistía a los heridos. Curiosamente nadie notó su esfuerzo. Yolanda sufrió de celos: "¡malditos machistas!" Los medios de comunicación pusieron la gota que derramó el vaso: "Joe por aquí, Joe por allá. ¡Nuestro héroe! ¡Gracias hermana canadiense!" vegetariana. Pacifista. Practicante de yoga. Nada de eso sirvió. Yolanda estaba hecha un demonio.

La calma llegó. Joe llamó a la prensa. Hizo pública la nota de Yolanda: "odio esta ciudad, por eso me largo". Algunos se extrañaron. ¿Quién es Yolanda? de inmediato los rumores. ¿Su mujer, es la que ayudaba en la enfermería? ¿Lo dejó solo en estos momentos? sin conocerla mucho, la gente aprendió a odiarla. Desde luego, algunos lloraron por Joe. Tanta soledad nadie la merece. Las admiradoras felices. Sin Yolanda el camino les quedaba libre a todas las Agua-

lacanoas de Perla. No todos creyeron la historia. El comandante limón, antiguo héroe de Perla, más agrio de lo común, juró tirarle el teatrillo al bombero, sólo tenía que esperar el momento.

Honores para Joe. Yolanda era un nombre prohibido.

Medallas. Entrevistas. Medallas. Entrevistas. Cientos de ellas terminaron por hartar a Joe. En pocos meses se convirtió en un *amargetor* total. Perdió garbo. Ojeras. Gustó de la carne. Olvidó las prácticas de yoga. Fue sorprendido en un par de riñas. ¿Regresar a Canadá? ni pensarlo. Se hizo de la ciudad.

Solicitud en mano, el héroe se presentó con el presidente. Sí señor. No señor. Quién sabe qué pidió. ¿Un carrito de hamburguesas para ganarse la vida? Improbable. Es un héroe. ¿Trabajó como bombero? De eso no quería saber nada. ¿Carrito de hamburguesas? Afirmativo. Siempre sí baila mi hija con el señor. Sí señor. Lo entiendo señor. El permiso estaba incluido en el regalo.

Su negocio fue un éxito desde el primer día. Pocas ciudades tenían la oportunidad de ver a sus héroes embarrándose de salsa. Gritando: ¡bien sancochada su carne, seño-



Irene Arias

rita? ¿No tiene un billete más chiquito? ¡Pinches moscas! ¡Sáquese perro!

Perfil de héroe. Jodido y trabajador. Pocas horas de descanso. Siempre pensando en su carne.

Después de la tempestad vino el hambre. La inundación había dejado a la ciudad en crisis. Conseguir comida era complicado. Joe siguió vendiendo como si nada. El momento del agrio limón estaba llegando.

Y empezó la habladuría. Reunión secreta de estado. ¿Determinación? Investigar el origen de las salchichas. La derecha intentó convencer al presidente para no hacer ese tipo de investigaciones a una personalidad de la talla del héroe. Error político. La izquierda advirtió que ya se sabía el origen: “¡no pequemos de ingenuos!”. El presidente no abandonó la idea de la investigación. Convocó a su policía secreta para que se hiciera cargo de esa misión. Terreno del agrio limón.

No podía ser de otra forma. ¿Limón? Gordo y pálido. Chaparro y cacarizo. El único policía astuto que había en la ciudad. Eso sí, corrupto y violento como todos. El tipo ideal. No le dio mucha vuelta al asunto. Llamó a dos de sus mejores hombres y se dirigió al departamento del héroe.

Se presentaron vestidos de traje negro y gafas oscuras. Tocaron el timbre un par de veces sin recibir respuesta. Decidió no insistir. Sólo se quitó las gafas para escribir las notas en su bitácora.

La habladuría es un asunto peligroso. ¿Nuestro héroe había refrigerado la carne de los muertos que había dejado el huracán para convertirla en carne de hamburguesas? Esa versión dejaba a las autoridades pensando. Siempre pensando.

Los policías decidieron seguir cada uno de los movimientos del héroe. Tarea muy sencilla. Todo el día frente al carrito de hamburguesas. En la madrugada el regreso del héroe. Un baño con música extraña a todo volumen. Las luces se apagaban y al otro día lo mismo. Después de un mes no pudieron explicarse cuál era el origen de la carne.

Limón se reunió con el presidente para darle todos los detalles de la investigación. Solicitó permiso para intervenir el departamento de Joe. Se levantó del sillón, colocándose exactamente atrás de Limón. El comandante sintió las manos del presidente sobre sus hombros. Inició el masaje. Sus mús-

culos se tensaron. El sudor se presentó cuando el anillo de oro y piedra roja rozó una de sus mejillas.

–Mire usted comandante, no se necesita ser muy inteligente para saber el origen de esa carne. Usted y yo lo sabemos, así que le voy a pedir un gran favor, haga lo conveniente. Si necesita entrar al departamento de ese hombre, hágalo y cerciórese de que todo esté en orden, pero recuerde que no es de buen gusto quitarle un héroe al pueblo en estos momentos.

Mientras el discurso avanzaba el masaje se iba intensificando. Limón recordó todas las habladurías que giraban como satélites alrededor del presidente.

–Usted es nuestro mejor hombre, haga su trabajo ¿queda claro?

–Sí señor –respondió el comandante de manera automática, sin estar de acuerdo.

–Así me gusta señor comandante ¡vaya con dios! Y recuerde que estaré esperando lo mejor de nuestro mejor hombre. Haga lo correcto, nunca lo olvide.

Limón sonrió. Extendió su mano al gobernador para despedirse. El presidente antopapa lo obligó a besar la piedra roja del anillo. No tuvo de otra.

–Eres un buen hombre –le dijo el presidente, mientras abría uno de sus cajones del escritorio donde había una pistola que hizo a un lado para sacar un fajo de billetes. Tome usted comandante, invítele a sus hombres algo de comer y una cerveza. Eso les ayudará a pensar mejor.

Sus hombres lo esperaban afuera. Limón se puso las gafas. Ordenó que lo llevaran a la casa del héroe.

Los ayudantes obedecieron.

–Tenemos noticias.

Limón se quitó las gafas.

–¿De qué se trata?

–Después de que lo fuimos a dejar con el presidente nos dimos una vuelta por el departamento del héroe. Todo estaba muy tranquilo hasta que me dieron ganas de orinar y el único lugar cercano era un baldío que está en la esquina de los departamentos. Me metí en medio de las ramas, y ya cuando estaba a punto de descargar, un perro comenzó a ladrarme porque pensó que le iba a quitar su comida ¿pero sabe qué se estaba comiendo ese perro?

–Ya ni me digas, pero eso no nos ayuda mucho, pudo ser producto de un asesinato o los restos que dejó el huracán.

–Tiene razón comandante, pero no puede negar que es una pista que no podemos pasar por alto. Además, le voy a decir una cosa, no sé si usted está enterado, pero entre los muchos trabajos que he tenido, un tiempo fui carnicero y lo que vi, a pesar de su estado es obra de un excelente carnicero, alguien que sabe cercenar con maestría.

–Vamos, ese espectáculo no nos lo podemos perder.

Limón excitado. Encendió la torreta se estacionaron a media calle para dar la señal a los extraños que la ley estaba presente. Intentaron derribar la puerta con un par de patadas, pero les fue completamente imposible. Limón rojo de vergüenza. Soltó tiro para deshacer la chapa de la puerta. Subieron las escaleras hasta al piso del héroe.

–Este es jefe.

–Pues dale, ¿qué es lo estás esperando?

Insistieron con las patadas. Nada efectivas. Tomó vuelo para dar la patada definitiva. Mágicamente la puerta se abrió. Nada de magia. Un viejo en calzones abrió la puerta.

–¿Aquí vive el héroe? –preguntó uno de ellos apuntándole con la pistola.

–No señor, el héroe vive aquí junto.

–Me lleva la chingada con ustedes –gritó el comandante.

Desenfundó la pistola. Soltó el segundo disparo a la chapa. Entraron. Departamento común y corriente. Limpio y ordenado.

–Revisen todo –ordenó el comandante.

Así lo hicieron. Cada cuarto. Cada cajón. Nada confirmaba la sospecha de los policías.

–Parece que se equivocaron otra vez muchachos.

–Teníamos que hacerlo.

–¿Encontraron algo con valor?

–En el cajón del buró hay un reloj y un anillo.

–Peor sería irnos en blanco.

El policía entregó las cosas al comandante. Miró la piedra roja del anillo. Supo que el caso ya estaba cerrado.

Semanas después, la comida dejó de escasear. Las carnicerías abrieron. El cochambroso carrito de hamburguesas dejó de tener clientes.

Sorpresa. Un día antes del carnaval los diarios de la ciudad publicaron la historia oscura de su héroe. La policía secreta lo había descubierto. El presidente declaró: “es el acto más vergonzoso en la historia de nuestra ciudad”. El héroe fue detenido.

La gente lo estaba esperando en la avenida. Pena y vergüenza colectiva. El héroe no pronunció palabra. Sólo llanto.

Minutos después. El primer carro alegórico apareció. El rey feo con su capa de terciopelo rojo. Corona en baño de oro y báculo. Jamás un presidente había lucido tan bien en un carnaval. Hombre hecho para entregarse a su pueblo. La gente curiosamente no dejó de llorar. Pétalos rojos caían sobre su capa. Limón y sus dos muchachos miraban la escena desde la mesa de un café que estaba en la acera de la avenida. El presidente los pudo ubicar desde lejos. Saludó luciendo la piedra roja de su anillo. Los policías se pusieron de pie. Limón apagó su cigarro. Había hecho lo correcto. Miró la piedra de su nuevo anillo, tan roja como la braza de su cigarro. Sus tripas le comenzaron a chillar ¿un buen trozo de carne? quién sabe. Quizá ya era hora de volverse vegetariano. En eso estaba cuando la tormenta regresó. 🐱



Guillermo Ceniceros

Huellas del tiempo

MARCELA DEL RÍO

I

Grávido unas veces
 agrietando la piel de tan pesado
alado otras
el pasado es un fardo
que doblega o sostiene
según de donde sopla el viento.
La experiencia es el ala
que permite al paso cruzar aéreo
sobre los precipicios
 que cotidianamente nos cortan la vereda
reflejos de viejos precipicios
 que en un ayer nebuloso
dolorosamente atravesamos.

II

Nació conmigo: frágil
puntiagudo y redondo
moldeable por los viejos ancestros interiores
aceptando los cambios impuestos
al capricho del tiempo
paso a paso
 desde la breve insinuación
 hasta su amplitud definitiva
transgrediendo fronteras
 entre la delgadez y la espesura
 la flexibilidad y la dureza
y ahora, en la cúspide de la cumbre nevada

 escondida su pareja blanca

mi esqueleto se apresta a descender conmigo
paso a paso.

III

Los fantasmas se tragan nuestra vieja memoria
nos disuelven la mesa
la silla
el pan de cada día
y la piel
poco a poco
nos va haciendo un fantasma.

IV

Yo sé lo que es la muerte
la he vivido:
no es el cuerpo que se enfría
ni el corazón que se suspende
en el vacío del Tiempo
es fa **memoria** la chispa
que se inflama
y al abrasarse
nos consume desde adentro.

V

Aceptar la arruga no en el ángulo del ojo
ya sin brillo
no junto a la boca de los viejos apetitos
no en la mano temblorosa
ni en el vientre escondido
aceptar la arruga en el alma rebelde
es reto y capitulación de un sólo trazo.

VI

*El aire se marchita y disuelve su sombra
poro a poro
Bajo un sólo rayo el infinito se evapora
y tuerce los destinos del viento
Las huellas de la sombra sobre el rayo
arrancan de mi cuerpo
poro a poro
el aire marchito y me disuelvo.*

VII

*¿A quién decirle que el universo va camino de la muerte?
Agónico, en una soledad de palabras impronunciadas,
la carcoma va tragándolo letra a letra, sin preguntarle
al fuego qué palabra arde adentro de la flama.
Si el propio sol ignora su irremediable y cotidiana
consumación ¿a quién decirle que un día y no otro,
la antorcha se extinguirá y el polvo no logrará siquiera
preguntar: por qué?*

*¿A quién decirle que un silencio tan sólo es mensurable
cuando alguien está vivo? Es más, que basta una palabra
para anunciar la vida.*

*¿A quién decirle que este corazón mío, piedra
resquebrajada, quiere escuchar esa única palabra
antes de naufragar en el silencio inmensurado?*

VIII

*El pensar en mañana nos acorta
como a la serpiente el tajo
y los fragmentos se retuercen
queriendo reverdecer como la vara del santo.
Estallido de lápidas nos rasga
la memoria, y sepulta los ayeres sin luz
buscando los mañanas luminosos,
sin querer pensar en que mañana
seremos un día menos jóvenes
un día menos, viejos
un día menos: vivos.*



El peso del escritor

JUAN CARLOS DE LEÓN

Decía José Emilio Pacheco que lo más difícil para un escritor no es el desconocimiento sobre lo que va a escribir, sino en qué momento sentarse a hacerlo. La declaración me llevó en seguida a pensar que me es urgente una silla cómoda para tal efecto y es que me encanta hacerlo, escribir, lo más a gusto posible, claro. Pero hoy sufro por esa carencia en casa, porque es parte esencial del proceso creativo, al menos lo es para mí. Creo que ya falta poco para menguar el sufrimiento.

Las primeras veces que me puse a escribir fue a través de una máquina eléctrica, tecleaba con entusiasmo lo que yo entendía por cuentos y poemas, lo hice sentado sobre una de las sillas del comedor que mi madre cuidaba con recelo, se trataba de uno estilo Chippendale inglés, “que le brinda a su hogar suma elegancia y prestancia”, rezaba el comercial que años más tardes lo encontré en Youtube. El comedor había pasado por tres generaciones de la familia.

En el 73, mis bisabuelos lo habían adquirido en Yucatán, durante un viaje que hicieron en verano. Ambos caminaban por las calles de Mérida, bajo un sol abrasador, tras degustar sabrosas viandas de las tierras del Mayab cuando, de pronto, mi bisabuela se detuvo frente a una mueblería, se acomodó los anteojos y fijó su vista en el comedor, que no lucía tan nítido debido al cristal que lo protegía, pero a ella le llamó poderosamente la atención el estilo elegante y soberbio del diseño. Mi bisabuelo la miró con asombro, casi azorado. Y qué más se esperaba. ¿Quién demonios se pone a ver muebles durante sus vacaciones? Así fue, sin duda, aquel día, donde ya no hubo oportunidad de visitar Chichén Itzá nunca más. “Eres tan oportuna...”, le decía él cuando la embargaba lo inaudito. Ella lo tomó de la mano con delicadeza, le sonrió con una complicidad juvenil y, como solemos reaccionar los hombres estúpida-

mente enamorados, accedió, completamente desarmado, a entrar en la tienda, acto seguido, se firmó la compra, el empaquetado y el traslado hasta el DF. Transcurrieron diez días para que el camión de mudanza aparcara frente a la casa de los viejos. Se puede decir que el comedor ha viajado por más estados de la república que yo. En fin.

Dos meses después, producto de una pulmonía falleció mi bisabuela, por lo que el comedor nunca más se volvió a utilizar. Durante ese tiempo la casa era una sombra pesada y negra por donde vagaba solo un viejo militar cansado. No permitía las visitas, se había autoexiliado en una oscuridad inexorable hasta que, años más tarde, enfermó y cayó abatido en la cruenta batalla de la tristeza. En el testamento de mi bisabuelo se nombraría a mi abuela como heredera universal, y el Chippendale fue a dar hasta su casa, tras haber vendido la casa de los viejos. El comedor sólo se utilizaba durante las reuniones especiales, cenas de fin de año o aniversarios. Se mantenía impecable, sin una patinada de mosca. Hasta que pasó a manos de mis padres, de mi hermana y mías, porque yo venía en camino. Y yo lo utilizaría para cambiar la historia.

Decía que fue sobre una de las sillas donde escribí mis primeras letras con entusiasmo. Obviamente me ponía a teclear cuando mi madre abandonaba la casa. Escribía sentado allí, en ese utensilio roció, por el confort que me brindaba su cojín y su respaldo, muy cómodos para la postura que requiere la creación literaria. En verdad, mi espina dorsal parecía haber conjurado una hermandad espiritual con ese noble objeto. Me resultaba impensable en esos momentos levantarme para realizar nada, imposible considerar una huída al baño, aunque me estuviera haciendo pipí en los pantalones. Era el éxtasis total descansar mis nalgas sobre aquel cojín abombado, mientras por mi cabeza se gestaba un cúmulo de fantásticas ideas.

Gracias a eso terminé decenas de relatos que nunca fueron publicados, al igual que tres composiciones para el Día de la Revolución, demasiados poemas y cartas. El comedor, la silla en

particular, se había convertido en mi lugar favorito para escribir. Por la mañana, bajaba de mi cuarto en cuanto mis padres salían rumbo al trabajo, yo tenía unas cuantas horas antes de asistir a la escuela y las aprovechaba para teclear como un autómatas, no me daban ganas de desayunar, ni veía tele, me aislaba de todo, me abstraía de la realidad. En la escuela los pupitres me resultaban una calamidad, me era imposible concentrarme en nada, me sentía ultrajado, violado por una excrecencia metálica que crispaba mi espalda. Hacía lo imposible por no pensar en la silla del comedor, pero un plañido lastimero se gestaba en mi pecho, en mi cabeza, parecía que una fatalidad sombría me clavaba las uñas en el alma, cual si fuera un condenado a la tortura.

Durante los trayectos a casa, desistía en mi intento de ganar asiento en el vagón del Metro, me quedaba de pie asido del tubo alrededor de media hora, a pesar de que se desocupaban me quedaba quieto y una que otra vez le cedía el paso a los ancianos y a las señoras, me había convertido en el joven más educado del transporte colectivo.

Por las noches, la silla se me presentaba en sueños, se aparecía frente a mí a una distancia considerable, entonces caminaba hacia ella con una exaltación festiva con ganas de abrazarla, pero ésta retrocedía ignominiosa como un arlequín burlón danzando sobre dos de sus patas con dirección a un gigantesco horno medieval que abría sus fauces para consumirla, aquello me producía una presión en el pecho llegando incluso a despertar llorando como un niño.

Los fines de semana se me presentaban como un cuerpo nublado y gélido, la familia se encontraba en casa y el comedor estaba custodiado por mi madre, con un cariz amargo me tendía sobre la cama a ver televisión, pero nada me parecía interesante, todo lo que me rodeaba me resultaba inexorablemente estúpido, entonces me zambullía en los libros que tenía en mi reducida biblioteca, ahí estaban Herman Melville, Graham Greene, Agustín Yáñez, Juan Rulfo, Juan Villoro, Kafka, Borges..., entre otros y a la par que me embobaba en sus relatos, pensaba en qué tipo de sillitas se sentaban a escribir, si acaso habrían sufrido por la imposibilidad de contar con un asiento favorito sobre el cual crear fantásticas historias, o si por el contrario, ninguno de ellos le dio la más mínima importancia a lo que para mí se había vuelto imprescindible. En alguno de esos fines de semana me enfermé tan sólo de pensar en el día que ya no existiera el comedor, tenía los ojos hinchados y vidriosos por la fiebre, mi madre se paseaba angustiada por mi habitación como un cuervo de mirada extraviada, yo me mantenía inmerso en un siniestro soliloquio de palabras que no había escrito.

–No quiero comer, ni que me molestes –respondía fríamente a mi madre.

–Eres un insolente.

–Me da igual, no quiero nada.

En ese tiempo la silla era el todo único, un magma que me envenenaba, me había acostumbrado a su comodidad y no pensaba más que en ello. Pasaban fines de semanas y tardes llenas de una angustia punzante y desesperanzadora, sin embargo, cuando comenzaba la semana la mañana estival me recibía con bríos y entusiasmo y en ello se me iba la vida. ¿Y qué es la vida del escritor sin una silla? ¿Dónde reposará su peso henchido de palabras?

Esa rutina se extendió por casi dos años, y era tal mi costumbre de sentarme en ella, aun hasta en las reuniones familiares, que empecé a notar el deterioro tanto en los soportes que unían al respaldo con las patas, como en el propio cojín que ya presentaba una hendidura con mis proporciones traseras. Por fortuna mi madre no lo había notado, se suponía que nadie debía utilizarlo en días comunes y ella confiaba en todos los miembros de la familia. Eso me alarmó, no porque se tratara de una silla carísima, a pesar de que esos comedores ya son imposibles de comprar, sino porque había conseguido en ese momento ponerle punto final a una tradición que avanzaría a través del tiempo hasta no sé cuántas generaciones más y sobre todo, le puse fin a la relación estrecha que existe entre la comodidad, el buen gusto y la escritura. Ahora me doy cuenta que ésa fue mi primera relación co-dependiente, aunque mi padre siempre quiso que yo me relacionara sentimentalmente con una europea, de algún modo lo conseguí.

Cuando por fin mi madre se percató del crimen del comedor, yo había abandonado el país y me encontraba exiliado a muchos miles de kilómetros lejos de sus ojos inquisidores, que por cierto en sueños me asaltaron muchas noches seguidas, había salvado el pellejo. Me ha platicado mi hermana que el comedor sigue puesto a la venta sin un comprador a la vista. Creo que jamás será vendido, mucho menos en esas condiciones. Quiero confiar en que mi madre ya me perdonó lo sucedido.

Por lo pronto vivo en Londres, trabajo en un restaurante de comida mexicana y por las tardes sufro al escribir, en particular este relato. Lo hago sentado sobre una silla plegable con un cojín relleno de espuma, esperando todavía el traslado de mi silla de escritorio que he comprado en un centro comercial. Sigo esperando, mientras tanto me fumo un cigarro y extendiendo las piernas sin empacho. 🍷

Nuevos brevicuentos

ROBERTO BAÑUELAS*

El holandés errante

La neblina es la sombra y la nostalgia de un fuego imaginario. Cuando gime la sirena del barco impaciente, se levanta un rumor de gaviotas hacia un fragmento de cielo. Ningún elixir cancela ni cambia mi destino, y giro sobre el mar con mi barco enloquecido, persiguiendo el ideal místico y carnal que me libere de estas cadenas de olvido, de esta ansiedad de luz que sólo una mujer, entre todas, podrá darme la tierra firme de sus brazos bajo el cielo abierto del amor.

Aspirante menor

—Comprende, Catarina, que ni mis deseos ni mis delirios trasponen la normalidad; que te amo y te quiero, es cierto; pero sin llegar a esos excesos que constituyen la medida de tu originalidad que a través de tu fiero y espontáneo temperamento en un vals intrascendente y rutinario como el que bailábamos, destacas como una solista de un ballet que vence, convence, asombra, conmueve y provoca la indignación de las gordas y las ajadas que no fueron capaces de seguir tu ejemplo de bailar desnuda y sin perder el ritmo ante la voracidad lasciva de los maridos conservadores que sonreían, babeaban y aplaudían.

El camino peligroso de ser

Los asuntos internacionales, con sus intrigas y peligros, no solicitan ni reclaman mi atención y son, como cualquier otro oficio, una manera más de vivir en el camino inevitable hacia la muerte, esa puta paradójica que con todos se acuesta y a todos es fiel. Al dedicarme al espionaje me animaba el noble propósito de investigar hasta dónde podría llegar —para el bien o para el mal— por el vericuetos de mí mismo.

Cansado de esta vida programada, entre delaciones y accidentes preparados, ya no quiero más identidad que un placentero extravío.

Espejismo

Alguien, de la bóveda en el poder, le inventó puertas al paraíso al mismo tiempo que realizaba el proyecto de dar al infierno una inmensa forma espiral que duplicara a un caracol iluminado con la gama del arco iris. Inconformes o disidentes, que sueñan con las ventajas de una frontera imaginaria a costa de sacrificar este orden perfecto, son disuadidos al comprobarles —objetivamente— que viven en la mejor de las ciudades posibles donde las calles no se han vuelto espejos paralelos que reflejan el mismo caos de vehículos y multitudes que se atropellan a diario para seguir corriendo sin poder llegar.

Primer aniversario de ausencias

Sólo noctívagos rezagados y peregrinos anticipados asistieron al parto del horizonte cuando la aurora alumbraba el silencio cortado por el canto y el vuelo de pájaros que dividían el peso nocturno contra la vibración de un día al cumplirse un año de que las barcas habían regresado solas porque los pescadores fueron raptados por sirenas en brama.

El pescador y los sueños

El pescador de sueños perdidos se interna en el inmenso caracol de la noche; con su barca cansada y su red tejida de nostalgias, va en busca de estrellas caídas en el móvil espejo de las aguas oscuras. Antes del amanecer, trastornado por el diálogo con sirenas enamoradas, regresa a la playa para encontrarse con otro día perdido en que las gaviotas y los pelícanos se dedican a devorar a las tortugas recién nacidas que mueren a la mitad del sueño de alcanzar la orilla del mar.

El primer motín

El proyecto de Noé, a pesar de las urgencias y la impaciencia de los que no podían salvarse de sí mismos, era el de construir un arca modelo que fuese repetida en número suficiente para salvar a lo mejor de cada especie.

Una vez más, después de una masacre festejada con sangre en abundancia y de casi exterminar a los débiles, los

fuertes, los arrogantes y los locos tomaron la nave por asalto y se hicieron a la mar, llevando al indignado Noé como primer timonel.

Débilmente teñido por la luz densa y gris del alba, el día quedó sepultado por el diluvio que comenzaba.

Si los héroes hablaran

Casi desde el centro del cielo, como el ojo ciclópeo de un dios iracundo, el sol arrojaba la luz quemante al través de una invisible lente de aumento en la hora suprema en que se iniciaba el gran desfile de otro aniversario organizado para burlarse en forma solemne de los héroes que nos dieron patria sin que pudieran enterarse ni reclamar a los traidores que en caterva lujuriosa engendran partidarios de la oratoria amasada con ripios y fórmulas vacías que dan un resultado extraño al componente real del país y del pueblo que por este día estará convencido de que los miles de uniformes rellenos de soldados sudorosos podrían ser los fieros combatientes contra invasores diferentes a los ya conocidos que ocupan los más altos puestos de fuerza y poder y promesas y represalias y pronósticos y represiones en nombre de la paz de la justicia del orden de de de...

El buque fantasma

Ahora que soy la tumba común de los que fueron alegres pasajeros y orgullosa tripulación, siempre que hace buen tiempo y la luz mortecina de la tarde me sirve de aurora triunfal, emerjo a la superficie como espectro victorioso.

Ante la aparición de la primera estrella, para no evadirme con otro encantamiento, condenso mi silueta de sombras y regreso a la profundidad para reunirme con los restos enmohecidos de lo que fui.

Número final

Antes de morir, el mago regaló a sus afligidos parientes (que habían vivido siempre a costa de sus trucos) el espectáculo de hacer crecer las flores estampadas en el papel tapiz de las habitaciones. Las palomas y los conejos que habían sido sus colaboradores, apesadumbrados y silenciosos, esperaban en el pasillo la triste noticia del número final.

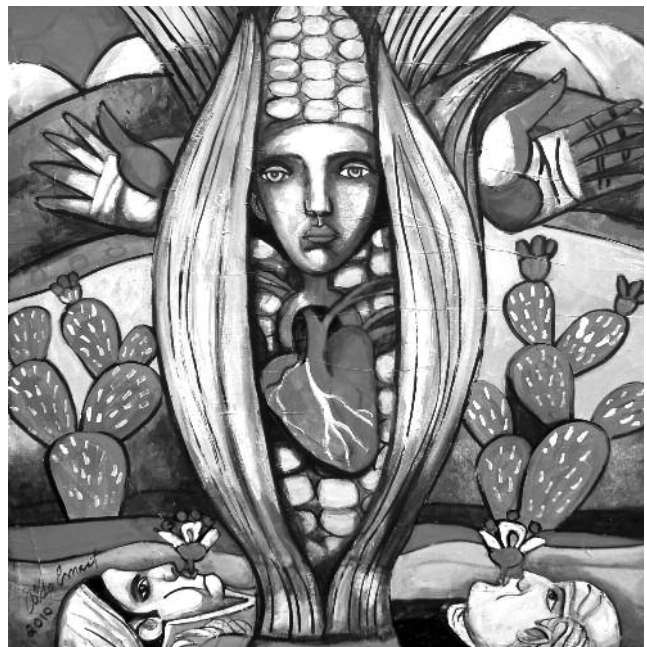
Hormigas y cigarras, S. A.

Las hormigas madrugan, se bañan y comienzan a trabajar al resolver el problema de su apariencia personal para enfrentarse a cada uno de los enemigos que piensan que los miles de solitarios obesos y trasijados que ocupan con isócrona ansiedad autobuses y trenes subterráneos; más tarde, sin que desaparezca la prisa, se abren paso a codazos disimulados y maldiciones reprimidas para ganar un lugar en las escaleras mecánicas que se enrollan y giran sobre sí mismas como gusanos o serpientes que se muerden la cola, cargadas con más y más hormigas con corbata, teléfonos celulares, lentes bifocales y portafolios explosivos rellenos de especulaciones y datos paridos sin dolor por computadoras febriles.

Después de otro día de trabajo, en el atardecer neblinoso, retornan las hormigas al dulce hogar de setenta metros cuadrados a paladear los mejores alimentos adulterados y a contemplar pasivamente frente al televisor la crónica de la lucha diaria que el prójimo libra en destruir a sus semejantes.

Las hormigas de mayor sensibilidad, añorando un pasado que fue mejor, dedican dos horas a escuchar los discos de repertorio sentimental, interpretado por la más famosa cigarra del mes.

* Del libro inédito *Los inquilinos de la Torre de Babel*. 🐜



Aida Emart

Poemas

EDWIN LUGO

Entonces

Si alguna vez el hombre quién goza tu cariño,
hastiado de caricias te deja de querer,
si te sintieras sola aún arrastrando a un niño,
si a tus cabellos suaves los ves encanecer.

Si enferma en triste lecho te hundes destrozada,
si lágrimas derramas por celos o desdén,
si lloras sin consuelo, si estás abandonada,
si gris es tu camino o perdiste ya la fe.

Entonces no vaciles en darme a mí tu vida,
que vaya comedido tu pena a consolar,
que de rodillas cure con devoción tu herida
y que en tus manos vuelva mis manos a dejar.

Acude presurosa, reclina en mí tu cuello,
que el árbol triste y seco podrá reverdecer,
cuando retorne el ave que se perdió en el cielo
la sombra que te ampare sea luz de mi querer.

Y este amor espera sea ángel de tu guarda,
que anhela con sus alas celoso cobijar,
cómo luz que renace, contemplando tu cara
¡Cual Lázaro a la vida podré resucitar!

No volveré a querer

No volveré a querer, no es que presuma,
ser inmune al imán de los hechizos,
no es el temor de que otro fuego me consuma
o me atenace la pasión con sus cilicios.

No volveré a querer así sea rubia,
con pedazos de cielo en la mirada,
y que en las noches friolentas y de lluvia
me brinde el néctar de su carne nacarada.

No volveré a querer a la morena,
de los pechos derechos y turgentes,
y aún cuando me sedujera la trigueña
si le jurara amor diría: ¡Me mientes!

Y es que un miedo confuso me domina,
no poder prodigar ya mi ternura,
ni poder encontrarte en otros ojos
ni escuchar otra voz que no es la tuya.

Es el miedo que me advierte el subconsciente,
de que al llamarla tu nombre pronunciara
y si me cuentan que te han visto de repente
un suspiro por ti se me escapara.

Es el temor de no hallar en otros besos,
ni placer, ni aventura, ni cariño o ilusión,
nada pido, ya nada, ¡Viviré de recuerdos!
sin esposa ni amante ¡Y sin buscar otro amor!

Así me quiero morir

Así me quiero morir, con tu recuerdo,
que aunque hayamos vivido tan distantes,
de un milagro demandando este consuelo:
amarte hasta mis últimos instantes.

Así me quiero morir, sin que destruya,
el perfil de tu rostro mi agonía
que aunque nunca dijiste: ¡Ya soy tuya!
¡Pues fuiste mi dolor has sido mía!

Así quiero morir, bajo este cielo,
que cobijó las tardes lisonjeras,
en que viví de tus encantos preso

y cual un ave que remonta el vuelo,
llevarme al infinito mis tristezas
arrebatao en la pasión de un beso.

Por si acaso quisieras

Por si acaso quisieras desandar unos pasos,
recordarte que existo, y es mi vida sufrir,
y dejar que te mire que en los años tan largos
se me borra tu imagen sin lograrlo impedir.

Por si acaso quisieras conceder un momento,
al amigo lejano que tu bien aspiró,
y dejar que me quede la impresión de tu mano
y dejar que me arrulle la armonía de tu voz.

Y si acaso quisieras que a tu pelo castaño,
lo acaricien mis ojos sin osarlo tocar,
y un instante contemple el carmín de tus labios
de los labios prohibidos que no puedo besar.

Y si acaso quisieras regalarme el contento,
De decirme que un día te acordaste de mí,

Cómo oasis soñado que revive al sediento,
¡Repitiendo tu nombre daría gracias sin fin!

Cuando yo muera

Si hasta tu puerta cuando yo muera,
escuchas pasos, gorjea un gorrión,
si alguien te cuida sin que lo sepas,
y sin sembrarla brota una flor.

Si al verte ajada frente al espejo,
te susurraran -¡Qué hermosa estás!-
si etéreos labios besan tu pelo,
si oyeras alguien por ti rezar.

Si eres amada y correspondida,
si olvido nunca te hace llorar,
si alguien te vela y estás dormida
piensa que es sólo, sólo el azar.

Mas si estás triste y desesperada,
Si el abandono también te hirió,
piensa en mis versos ¡Oh ausente amada!
¡Piensa en los versos que te hice yo! 🐱

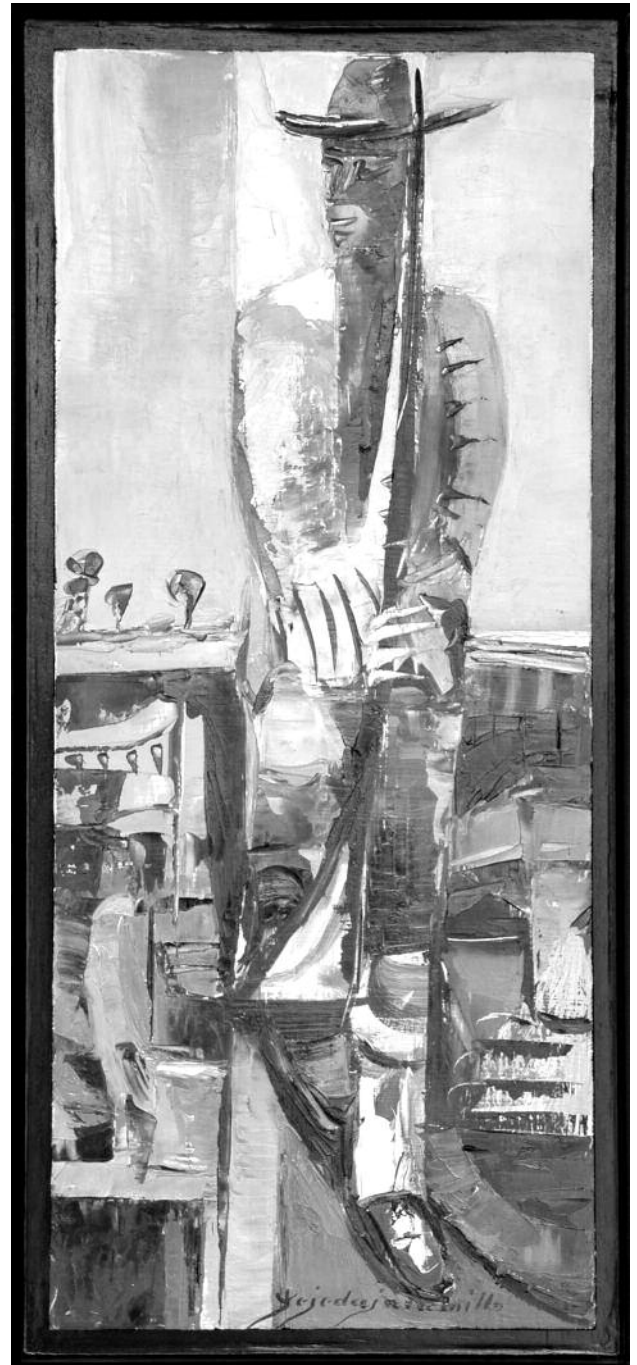


Ma. Emilia Benavides

Desterrarse del cabello

PERLA SCHWARTZ

Desterrarse del cabello
para permitir que emerja la otra,
y surja la salvaje irredenta
aquélla que no se guía
por códigos ni normas,
la mujer que está dispuesta
a mostrarse tal cual es
en la plenitud de la transparencia.
Ella se fusiona
con su mismidad,
no le importa lo que los otros digan,
ella se ha lanzado
a rescatar la inocencia
de una recién nacida.
Está lista a percibir
el mundo a través
de una nueva mirada.
Desterrarse del cabello,
desgajarse de una máscara,
dar tributo
a la primigenia Nefertiti,
a todas las féminas
capaces de confrontarse
consigo mismas,
más allá de los tabús,
de las imposiciones o caprichos.
Ahora es
una mujer de cabellera mínima
y aspira a vivir
entre la ligereza del viento. 🐾



Francisco Tejada Jaramillo

Compré el diario de mañana

MARCOS WINOCUR

Un día como todos los días compré el periódico de siempre en el puesto de siempre. Pero esa vez no me vendieron <<La Insignia>> de la fecha isino del día siguiente! Ya copiaba yo, feliz y sin hacer preguntas, ya copiaba yo el número del premio gordo de la lotería a jugarse mañana, cuando el corazón me dio un vuelco ante un titular:

“Marcos Winocur fue asesinado”. Un homónimo –me dije sin esperanzas ¿qué otro güey se va a llamar así?– ¡Y era yo! Hasta una foto mía, no de las mejores, cierto, tengo otra que... ¿Que de qué estaba diciendo?

¡Que qué hacer...!

Ah, sí, ya, parece que me llegó la hora. Adonde vaya, la muerte me dará alcance, está escrito, está agendado. ¿La lana de la lotería...? Ya qué. Por lo menos queda a mi elección el lugar de la cita con doña NOOjos, el periódico no lo informa... ¿Y dónde la espero? ¿En mi casa entre tequilazo y tequilazo? Prefiero morir en la calle. Caminé, a cada esquina aguardando el trágico asalto. Hasta que sí, se armó la balacera en plena calle y yo atrapado entre dos fuegos. Venga, me dije, de ésta no paso. Pam-pam-pam, traratata, pum. Ni idea de quiénes eran ni por qué se daban en la madre. Hasta que tropecé con algo y caí, era un tipo tirado en la calle, seguramente finado. Caí, y alguien me ayudó a incorporarme.

–Gracias, joven.

–Soy periodista de <<La Insignia>>. ¿Sabe usted quién es el enfriado?

–¿Quién, éste? –alcancé a balbucear, señalando al tipo tirado en el suelo.

Jamás en la vida lo había visto, pero algo me dijo que en la respuesta me la jugaba, estaba barajando el futuro, la relación entre mi persona y la fúnebre noticia. Debía optar por algo que me permitiera seguir mañana con vida a pesar de la <<crónica de mi muerte anunciada>>, como diría Gabo. Y me escuché afirmar con recuperado aplomo:

–Sí, cómo no. Es Marcos Winocur.

–¿El de <<La Insignia>>... o sea nuestro colaborador? ¿Se rasuró la barba...? A ver si encuentro un fotógrafo...

Y salió volando. Cuando alguien me tomó del brazo, un policía. Tendrá que acompañarme a la delegación a declarar como testigo. Pero... Ningún <<pero>>. Es que tengo que comprar mi billete de lotería. Sí, sí, después. Es que soy hombre muerto... Sí, sí, después... En la delegación, mientras esperaba, me enteré por el radio del número de lotería premiado... ya no era hoy, era mañana. ¿Qué número...? El que yo había anotado, naturalmente. Bueno, no me habré enriquecido pero salvé la vida. Algo es algo. Igual salí de la delegación arrastrando la cobija. Me vi en plena calle con un periódico bajo el brazo. Era el diario de mañana, bueno, el de hoy y, a ver, allí estaba la noticia de mi muerte y más abajo iel desmentido! alguien había informado mal... y esas últimas líneas, sacado de onda por la noticia, no las había leído...

Les cuento que no fui el único. A no pocos familiares y amigos les pasó lo mismo, y todo el día estuve recibiendo pésames y condolencias por mi lamentable pasaje al otro mundo, agradeciendo las palabras de consuelo <<que tanto bien me hacen en estos difíciles momentos>>. Yo, más muerto que vivo ¿o más vivo que muerto? 🐻



Damián Andrade

Poemas

SEBASTIÁN DEL PINO RUBIO

Las Glorias de María

I

Ajena a la púrpura de la raza,
con más luz que la claridad bruñida.
Inhumana desde el trino a la traza,
tu gracia un insulto a la faz venida.
Tan labrada cual corona que pasa
sobre la frente de la reina raída
que ha de renunciar al trono [cantora]
para alzar a la doncella que adora.

II

Perla misteriosa, coronadora
de la frente de un Dios amoratado.
Naturaleza, tu contradictora;
entre las piernas el cáliz dorado.
En tal densa sombra cobijadora
se abre el vientre cobrizo inmaculado
y fermenta entre la cálida lana
la fécula que en su fuente no mana.

III

La daga lacera tu corazón,
dejas de ser la paloma impoluta
—tórnete soñadora a tu farzón—
eres la sombra que a este Dios enluta.
Depositaria de la admiración,
ni el ángel consternado te refuta,
pues tu carne se permuta entre flores
al ver que de la cruz profieren loores.

La Confesión de María Magdalena

El peso de la historia me ha sentenciado
la realeza de mi sangre ha sido variada hacia una vida disoluta
Gregorio Magno miente al identificarme con la ramera de
[los Evangelios
el título de penitente nunca estuvo tan mal usado

soy una reina, no una cortesana
Añoro ocupar el lugar del discípulo amado
compartir el lecho con el Mesías
generar una estirpe salvadora para la raza humana
ser el cáliz que contenga el semen dorado
la perpetua vasija de la divinidad más humanizada
ser por fin la emperatriz del universo
tomar al sol y la luna como cetro y estrado
deseo ser la correndetora y no me importaría morir clavada en
[el árbol de la vida
siempre que la recompensa fuera el amor del Maestro
pero el trono del consorte lo ocupa el discípulo amado
en tanto me consumo en un fuego interno
condenada a ser el humo y la ceniza de una obsesión
celosa de las letras que escribió san Juan en el otero
(yo debería ser la paloma)
La virginidad es el silicio atado en mi clítoris
es la paradoja de la veneración que se me brinda
el eco de cristal que retumba en mis paredes ardorosas
que genera el hambre de ser accedida por el varón que añoro
No temo arder en el infierno a causa de las flamas de mi pecho
acaso éste ya no es un infierno
pues cualquier condena es irrisoria ante el desprecio de Cristo
No soy la adúltera que contempló al Mesías escribir en el suelo
aunque conozco el mensaje que ha borrado el tiempo
soy la princesa de Magdala que renunció a su corona por creer
[en ese mensaje olvidado
soy la santa ramera que gusta del desprecio. 🖤



Poemas

LEONARDO SEVILLA

Intuición tangible

Parezco darle vueltas
A la misma idea
Y diario mi delirio me deleita:
Yo soy Homero y Ulises y a la vez
No sólo el que vive
Sino también el que cuenta
Lo que canta con los sentidos.

Tú y yo frente al papel:
Cómplice espejo de la intuición
Ni sólo razón ni puro sentimiento
Sino un puente a la maravilla
Que la mirada desentraña
Y lee en voz baja cuando escribe
Con la lengua paladeando cada letra
La curiosidad nos encuentra
En el asombro compartido.

Enésima paradoja

No sé quién eres
Ni quién soy
Pero a través del personaje que me habita
Y escribe
Vislumbro algunos contornos
De mi persona
Y así algunos contornos de la tuya.

Él escribe
Y yo leo mis vestigios
En un retrato cambiante
Que plasma mis facciones
Con mis contradicciones
Defectos y virtudes

Con mis penas y alegrías
Y con mis miedos, arrojos y esperanzas
Crezco cuando siento
Y reflexiono con las letras
Y las voces que me sueñan
Cantan a solas o en coro
Como cuentan las novelas
Cuando desentrañan los secretos
Desperdigados en el océano del corazón
Y el universo imaginario
Que el ingenio entreteje a tientas
Con el faro de las dudas
Nos adentramos en la oscuridad
Instantánea e infinita.

Sin papeles en la escena

Me veo en la frontera de la neblina
Que se obstina en invitarme
A ir atrás de un muro, a saltarlo primero
Y a derribarlo después
Sin asumir la fortaleza inexpugnable
De seres que se esconden
Y defienden y agreden a la vez
Con sus dicotomías extremas
Incapaces de reunir lo disperso
Ni de lanzarse a la aventura
Como la primavera irrumpe
A pesar del largo e infernal invierno.

Recojo los vestigios de un oscuro proceso
Que poco a poco me muestra
A los hombres y mujeres que me habitan
A los niños y viejos que juegan conmigo
Y descubro los espejismos del mundo
Hasta encontrar la voz
Que me ofrece el tono
Y el ritmo de mi alma distinta
Que se desdobra a través de la escritura
Al tocar el manantial del misterio
Con las yemas vibrantes de cada sentido. 🐾

El templo de Bast

MARTHA FIGUEROA DE DUEÑAS

A penas con la puerta abierta me pregunta si tengo cita. Afirmo con la cabeza. El olor es tan fuerte que siento náuseas. Por un momento dudo en entrar. Un gran número de gatos heridos, sucios y mutilados se arrastran y chillan; otros brincan.

Ella trata de apaciguarlos. Es una mujer alta de aspecto majestuoso, tiene una profunda expresión de bondad y un fulgor verde brilla en sus ojos.

La habitación es pequeña, con varias sillas. Un sofá del lado derecho y una mesa de nogal al centro. Sobre ella, mazos de naipes de diferentes tamaños. En las paredes signos mágicos. Los gatos me rodean, me clavan sus miradas. Me tocan. Al mismo tiempo maúllan y saltan sobre mí.

—¿Qué desea? -me pregunta con una amable sonrisa.

—Un hechizo.

—Hay varios...

—¿En qué consiste la diferencia?

—En lo que pueda usted pagar.

—El mejor.

—Venga, siéntese aquí. Baraje estas cartas pensando en lo que desea saber. Córte las con la mano izquierda. Separe quince. Démelas.

—Veo un hombre, es distinguido. Elegante. Tiene los ojos claros y el cabello castaño. Manos finas. Ese hombre piensa en usted. La ama. Pero vacila por otra... una mujer rubia con deseos de amor.

—¿En qué mes nació el caballero?

—En diciembre 23

—¡Capricornio! La cara oscura de Saturno... le aqueja la tristeza, la indecisión. Se descorazona ante cualquier problema. Es de naturaleza doble. Tenemos que ayudarlo.

—Compre un cirio grande. Sin regatear. Después va a la iglesia con una prenda de él. Lo envuelve. Al momento de la bendición lo levanta pidiendo que su deseo se cumpla. No lo olvide, es día de Venus y noche de luna nueva. Manténgalo envuelto por tres días y sus noches. A ese término me lo trae.

Lleve este ungüento, es de leche de Tapir y hierba de sinarubia. Lo va a untar en el momento indicado, es para paralizar el dolor.

—El cirio está encendido, empieza a derretirse. Deme la mano. Recemos. Y así rezará: —“Cirio bendito, tu cera es más resistente que los obstáculos que separan a Rada de mi amor; sin embargo van a fundirse como ellos se desploman ante mi afección” Y Bast gritó: —Rada, desde este instante estarás unido a mi casa.

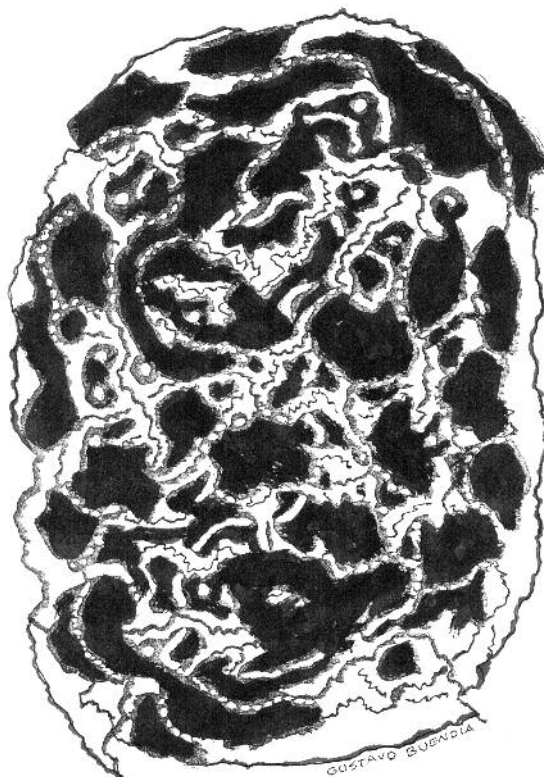
—Uno de estos alfileres clávelos en la vela... más alto. La va a dividir en siete marcas. Así. Todos los días a las cinco de la tarde, lo encenderá por diez minutos y rezará la misma oración, clavando uno en el sitio indicado. Antes de apagarlo, quítelo y guárdelo cuidadosamente. Que nadie la vea. Al séptimo día espere a que se duerma. Le aplica el ungüento. Con el último husillo le pincha el dedo pulgar. Mírelo fijamente ordénele sumisión y lo acaricia diciendo: “Serás mi consentido y nunca más te volverás a ir de mi; tendrás siete vidas y siete almas”.

—En ese momento le encaja los cinco alfileres restantes en el corazón.

—El pentagrama se lo pone al cuello. Es para encadenar los espíritus. Las Salamandras, las Ondinas y los Gnomos. Lo es también para dirigir la materia: el bien y el mal, el día o la noche. Cinco es el espíritu y sus formas. Por siete días, lo alimenta con este fluido, es la sangre del gato que estará ligado a él. Su voluntad será suya. Era dueño y se convertirá en esclavo.

—¿Cuándo vuelvo?

—Cuando ya no lo quiera... a alguien más le servirá. 🐾



Gustavo Buendía